

dalgos del 1586, tan magistralmente sorprendidos, en sus telas inmortales, por aquel sin par Domenico Theocopuli!!...

Ahora, apartándome de imagerías, Cabrera se elogia con esta sola advertencia:

Previó la victoria, y la caída de Madero. Anunció, punto por punto, el beneficio inicial de Villa, su posterior ambición, su derrota. Vaticina la paz constitucionalista.

...Y a esta gran penetración de los hechos a este sabio poder de comprensivo, denominanle videncia!!...

FELIX F. PALAVICINI

Hé aquí, entre tales someras monografías, la de una tan joven como superior figura representativa del México en formación. Talento intrépido, energía orientada, cultura de especializaciones, civismo ardoroso, lealtad inrayable respecto de quien encarna la grandeza libertadora en la revuelta república cercana, danse, armónicamente, equilibradamente, en su persona, originaria de la Italia prolífica, donde se han fraguado, desde aquel magno "príncipe" Maquiavelo, del señorío de Florencia, tantos cerebros machos, tantos corazones arrogantes, tantos positivos caracteres para los complejos empeños de la política.

Tratar de él no es perderse en entretenidas divagaciones, no es tampoco repetir tópicos de entraña revolucionaria, ni siquiera darle vueltas y vueltas a anécdotas de poco más o me-

nos; para el caso, tarea bien distinta me reclama; una tarea fácil-difícil, recurriendo a términos de paradoja; la tarea de entender en un problema fundamental, ineludible, para el futuro mexicano, constriéndole a la actividad, preparación, y tendencias de quien tiene a su cargo el estudio, encausamiento y desarrollo del mismo. Claro está que me he referido al problema, asaz heterogéneo, de la enseñanza, camino de prácticas civilizadoras, a una mayoría aborígen, hasta hoy inepta, negativa en el concurso nacionalista.

Ello fué siempre allá preocupación de pensadores y sociólogos. Un doctor, Jesús Díaz de León, en la "Sociedad Indianista Mexicana", declaró: En la escuela está el secreto de la evolución india, y por consiguiente, en ella descansa el porvenir de la nación. Porque la nación la constituyen todos los elementos étnicos, y es verdaderamente desconsolador el considerar que las razas indias, relegadas casi a las mismas condiciones que en la época colonial, no han recibido en sus hogares las bendiciones del Progreso.

Por su parte, el propio Palavicini habla de "El Problema nacional.—Origen de nuestra ley de instrucción rudimentaria", iniciando el capítulo (Libro: Problemas de educación) con los siguientes, tan meditados como sustanciosos párrafos:

"Todos los pueblos del universo tienen un gran problema cuya solución preocupa a los

gobiernos y mantiene a sus estadistas y escritores en constante meditación.

El nuestro, el gran problema nacional de México, es civilizar a las dos terceras partes de su población nativa, que está fuera de la verdadera vida común, que está separada de la conciencia nacional, exclusivamente representada por la dirección inteligente y activa de una tercera parte de población”.

Educar, instruir; los términos acaso aparecen confundidos, y conviene examinarlos separadamente. La instrucción, tal como ella se entiende, no resuelve, a mi manera de ver, el conflicto intrínseco de la ignorancia, de la esclavitud moral india; y sí lo solucionaría el moderno sistema educativo. Un hombre analfabeto, con nociones de lo que son y significan las virtudes cívicas, constituye buen factor progresista en un pueblo; y otro instruído en la mecánica de lecturas y escrituras, pero sin el cultivo, más amplio, de la conciencia, de los respetos nacionales, de su afectividad con el semejante, representa más bien una rémora de estancamiento, cuando no de retroceso en el concurso general.

Esto lo ha comprendido el tesoneramente estudioso Sub-secretario de Instrucción Pública en el Gabinete constitucionalista; siendo por ello, acaso, que apenas hecho cargo de la cartera, fresca la tinta con que rubricó su protesta, dictole a un amanuense este bello decreto, por el cual empiezan condenándose, en el campo his-

tórico, los procedimientos de antiguos planes educacionales.

Dice:

“La enseñanza de la Historia Nacional ha adolecido del grave defecto de exaltar únicamente a los hombres de armas, los hechos bélicos y las acciones militares, y hemos poblado las páginas de nuestros libros de texto con héroes fingidos o ciertos, apartando así la atención infantil de la fecunda labor del campo y del taller.

En la Historia de México existen bellos tipos representativos de hombres notables por sus obras como civiles y ellos merecen ser conocidos por la juventud mexicana.

Con tal criterio sírvase usted arreglar que de conformidad al sumario que va adjunto a este acuerdo, se hagan biografías en estilo llano, asequible a la imaginación de los niños, para la formación de un libro de lectura que se denominará: “Diez Grandes Civiles de la Historia Patria”.

El volumen ya salió de las prensas, y corre por todo el territorio del desventurado país, como un signo de esperanza, nuncio de bien. A mí vino un precioso ejemplar, de rica encuadernación en tela; lo he releído con interés, con amoroso desvelo, con cierta tendencia de fuerza crítica; y quiero, sin tregua, consignarlo: me parece una obra supra-trascendental; obra de sereno y cauto patriotismo, de proficua nacionalización; obra previsoras de paz civil. A

mi memoria, por explicable eslabonamiento de ideas, acudieron ciertos colosales trabajos que no recuerdo cuál publicista francés ofrecíale a la juventud de su patria, desviándola de la preferencia por la literatura latina, sobre la griega. Cornelio Nepote, Salustio, Tito Livio, Tácito, Cicerón, venía a denunciar, no son otra cosa sino unos apasionados exaltadores de la guerra y sus "maravillas"; para ellos no existe arte tan noble, tan gallardo y sagrado como el de las armas, ni otros ejemplos más preclaros y dignos de imitación, por los siglos de los siglos, aparte cuantos nos dejaran Coriolano o Regulo, Mario o César, Nuncio Scevola, o Sila. En cambio Sófocles, Esquilo, Platón, Aristófanes, Herodoto, recomiendan otro culto, culto humano, el culto del pensamiento, de la filosofía, de la República! . . . Y si Homero—reseñaba—nos ofrece la Iliada inmortal, sus héroes por antiguos, a nadie estimulan, y menos enardecen, pues no concebíamos ni a los Ajax ni a los Aquiles.

Fray Servando de Teresa y Mier, José María Morelos, Andrés Quintana Roo, Valentín Gómez Farias, Miguel Lerdo de Tejada, Doctor José María Mora, Gabino Barrera, José María Iglesias, Leopoldo Río de la Loza, y Justo Sierra, son los "Diez Civiles Notables de la Historia Patria" ofrecidos. A cada uno bordó su añoranza, rindió homenaje, pluma distinta, alguna mujer, como la de Ana María Valverde de Gómez Mayorga, que presenta a Fray

Servando Teresa de Mier con los tenues tonos de la benignidad, de la sabiduría, del honor patrio; la de María Luisa Ross, elogiando gentilmente a Andrés Quintana Roo; y la de Laura Mendes de Cuenca, en dulce elegía a Justo Sierra, amable patriarca muerto en Madrid rezándole a su esposa estos piadosos versos:

Pídele a Dios que cuando yo sucumba
nos conceda que baje tu alma buena
a disipar la noche de mi tumba! . . .

¡Justo Sierra, Palavicini! Ambos nombres irán brillantemente emparejados por el mundo. La vida del uno, como la del otro, debe sintetizarse así: una perenne dedicación a las apostólicas labores del magisterio. El primero dió cuanto pudo, cuanto le permitían la época, y las peculiares circunstancias del porfirismo egoísta y retrógado; el segundo va ofreciendo cosechas abundosas y sanas, de principios liberales, de normas progresivas, de adaptaciones discretas.

Ingeniero; Ex-director de la Escuela Industrial de Huérfanos de México; Ex-diputado al Congreso de la Unión; Miembro de la primera Comisión de Instrucción Pública de la Cámara de Diputados; Ex-misionero pedagógico mexicano en los Estados Unidos y Europa; perteneciente a la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística y al Comité Mexicano de la Asociación Internacional de Hombres de

Ciencias; Sub-secretario de Instrucción Pública en funciones de Ministro; tiene sobre sí una enorme responsabilidad, de la que día por día le van aliviando sus actos acoplados a la más estricta buena fe, y al entusiasmo más entero. Hoy constituyendo la "Comisión de Reformas Sociales", venero de prudentísimas, y muy valiosas—por lo indispensables—leyes del período pre-constitucional; mañana aconsejándole al Primer Jefe el nombramiento de una comisión técnica de maestros que acuda a los Estados Unidos para recoger en ellos provechosos métodos, la palabra última del educacionismo; siempre, siempre vigilante capaz de cuanto beneficie, realce y consolide el gran movimiento revolucionario—pues periodista y orador, no pasa instante sin que la tribuna o la prensa, avente sus opiniones sobre las cabezas de las multitudes, cansadas de sofisticadores del Ideal, a que él—Palavicini—se rinde con los plenos arrestos, cuerpo y alma, de su florida juventud.

¿Comprendeis ahora por qué su biografía es el pasado y el presente, es el porvenir, del más abstruso problema mexicano? . . .

LIC. RAFAEL ZUBARAN

Semanas antes de embarcarme—ya de regreso a la Habana—aparecieron los escaparates céntricos de tiendas y almacenes veracruzanos luciendo, junto a telas primaverales, sombreros en boga, objetos ferreteros, zapatos masculinos,

enseres de librería, y polvos, y cintas, y encajes, y más perifollos gentiles, el busto fuerte, hombruno, de este personaje revolucionario: Rafael Zubaran. Los periódicos de la mañana, y media tarde, dedicábanle extensas y muy encomiásticas columnas en letra menuda y apretada. Hablábale de él, aquí y acullá, con notoria preferencia, casi de manera exclusiva. Era el tema álgido, y grato, en la porteña población.

Un bolero, mientras daba lustre a mis botas habaneras, gáname la noticia, tocado del contagioso júbilo:

—Es que por la noche va a venir, después de estarse por Washington muchos meses.

Estaba bien.

A eso de las cuatro, como de rutina, iniciamos el "paseito crepuscular", Rosendo Lorenzo Martín—entrañable camarada, sobre cuyo nombre vaciaría ahora mi riqueza adjetivante de gratitud—Antonio Pérez—"viejo" bonísimo, siempre recordado—y yo; cuando, anticipándose al anuncio de los consignatarios, y espera del pueblo, aparecióse en rada el buque donde llegaría.

Volé, más que corrí, al muelle.

Allá, en la ancha explanada, revuelto entre confuso conglomerado de gente, para fortuna mía destaqué, acercándome con pocos pasos, al general Alvaro Obregón. Nos saludamos, entablando en seguida diálogo vivo y afectuoso.

El acudió sólo por corresponder al compañero, civil; habiéndole enviado una de sus charangas para amenizarle, con tocatas criollas, el desembarco.

—Honores mercedísimos, amigo Fernández Cabrera; pues es de los "tinterillos" que honran positivamente a nuestro país dentro y fuera de él.

("Tinterillo" significa, en jerga jurídica, picapleitos, y por guasa aplicánselo a los abogados malos. Obregón, aludíale así campechana-mente, lo mismo que a Cabrera; y uno y otro observé acogían la jarana del militar con sincero agrado.)

Apenas nos distinguieron de abordó, mandósenos subir, atravesando con esfuerzo de equilibrio por estrechos listones, puestos de tierra a la escala. Seguimos cubierta adelante; fuimos a la sala-recibidor; aguardamos unos cuantos minutos al viajero. Preséntase.

Un cordialísimo abrazo funde buen rato en uno a los dos caudillos, el de la diplomacia, y el de la espada. Yo aguardo la cortés presentación.

Hecha ella, ofrézcole doble bienvenida, por el *Heraldo*, y por mí; marchándome tras anunciarle visita, para cualquier momento, en las oficinas del Ministerio—sabía ya su calidad de secretario gubernativo.

—Le recibiré, contestóme, y departiremos, descansadamente, el lunes.

Sábado y domingo interponíanse en mi de-

seo, llevándome a odiar esas cuarenta y ocho horas espoleantes...

Entre tanto quise recoger impresiones, comentarios públicos. A este colega diarista insinúele:

—Cuénteme, cuénteme la actuación del licenciado en la política.

—¡Oh!, explicó, excelente, intachable, rectilínea. Sobrino de uno de los asesinados en este puerto por la época de Díaz, manifestóse adversario juicioso del cientificismo, militando en el valiente partido democrático; fué al Congreso y mantuvo una actitud decorosa, altiva sin dejar de ser severa, hostil dentro de la prudencia; trabajó la candidatura de Reyes; colaboró al advenimiento del maderismo; impugnó a Huerta tesoneramente; y en los Estados Unidos, su actuación no puede ser más brillante y más firme.

Otra vez preguntéle a compañero suyo en el Gabinete constitucionalista, al que supuse dispuesto a señalarle algunos defectos por aquella fina observación de Manuel Ugarte: "el instinto ancestral nos induce a ver con desagrado la formación de prestigios susceptibles de equilibrar el nuestro"; mas, lejos de zaherirle en algo, ensalzóle resueltamente.

Don Venustiano, en persona, acudía cada tarde a su departamento del hotel, ofreciéndole mano y pecho.

Una envidiable aureola de cariñoso respeto, de sólido prestigio, envolvíale, así, plena, plena-

mente.

Realizose nuestra entrevista, en su modesto despacho de trabajo; entrevista duradera, expansiva, no de *repórter* a figura encumbrada, sino casi, casi amical, por la presencia en ella de don Juan, el hermano del Secretario, ex-agente en esta Habana de la causa anti-reaccionaria.

Charlamos bastante; díome su parecer personal respecto a las perspectivas mexicanas en el concierto continental; desarrolló a su modo el concepto interno del movimiento; expuso sus puntos de vista críticos con referencia a Jefes de uno y otro bando, aún en pugna; insistióme, muy empeñosamente, en cómo consideraba seguro el triunfo definitivo de las tendencias vindicadoras.

Repetir detalle por detalle el proceso interviuista obligaríame a mucha prolijidad; resolviéndome, pues, a decir, en síntesis, que me impresionó intensamente, y que al terminar la parola, saqué la impresión de haber departido con quien presenta, por clara característica, las virtudes de la salud física y moral, del vigor y la meditación intelectual, de la nobleza y entereza del corazón.

Con todo ello ama y sirve al Ideal, alentado por el mismo fuego de ilusiones que le despertó el barandismo; con el mismo fuego de ilusiones que alimentara, pensando en el general Bernardo Reyes, como en el dignificador de la patria; con el mismo fuego de ilusiones ofre-

cido a Madero, hasta su exaltación luminosa, y horrenda caída.

Para él los principios no cambian, porque es entero, porque es hidalgo, porque es hombre; porque su existencia la mantiene esa llama sacra de la convicción y el optimismo...

...Allí donde se encuentre estará la verdad, estará la justicia, estará el honor de México. Carranza, símbolo actual del excelso tríplico lo sabe, y por eso le escoge para ministro de confianza; su honorable Ministro de la Gobernación.

Eso representa y vale el licenciado Rafael Zubaran.

ROJAS Y MACIAS

Otros dos licenciados; jurisperitos de nombradía; cerebros jugosos, productivos, de la Revolución. Ambos, ex-congresistas del maderismo, sufrieron amenazas, persecuciones, encarcelamiento del poder de Huerta; ambos, ya libres, reuniéronse a Carranza en el empuje titánico de derrocar la dictadura trágica. Rojas tuvo un gesto a lo Belisario Domínguez; él fué quien le lanzó al rostro de beodo del Ministro Henri Wilson, el "Yo acuso"... formidable, cuando gozaba de la privanza omnimoda del tirano; Macías entretúvose en los ocios carcelarios organizando fiestas florales donde era Reina... cualquiera de los otros presos políticos, y Mantenedor aquel que menos le temiese a las iras victorianas. Cravioto, Ortiz Rubio y

algunos poetas más, encaramábanse en el hirsuto pegaso de la ironía contra reaccionaria, disputándose la simbólica flor triunfal, muy sencillamente convertible en filo de cuchillo, o bala de maüser impulsadas, hasta el asesinato, por manos mercenarias—¡magnífico remedo de los vaporosos Juegos provenzales!

Ya en México el constitucionalismo; inicia de la era pacificadora, se nombró, al uno, Director de la Escuela de Jurisprudencia, al otro, Director de la Biblioteca Nacional. Macías y Rojas comenzaron sus labores en los conspicuos cargos con ahinco y beneficioso acierto, cuando el desatino villista hizo replegarse a Veracruz al Supremo Gobierno, bajo la Jefatura de Carranza.

Pudieron aquí ellos darse a la cómoda holganza, al vivir suave, pero dos fuerzas interiores impedíanselo: patriotismo y laboriosidad; siendo entonces que, con Palavicini, dedicáranse al estudio, desenvolvimiento e implantación de cuantas leyes hanse dictado en todo el período constitucionalista de la residencia veracruzana, repitiéndose el histórico caso del benemérito don Benito Juárez.

Hoy a Rojas envíasele en empeño de hábil diplomacia a las hermanas naciones de la América Central; allí desplegará su brillante talento en prácticas caballerescas, y noble honor mexicano. Cuanto al muy docto, y muy experimentado Macías, tras viaje de observaciones por la austera República del Norte, vuelve ahora jun-

to a Faros; y estoy bien seguro de que no harán de esperarse proyectos de legislación electoral, reglamentos para el trabajo obrero, estatutos sociales, cuanto, en suma, tienda al desarrollo democrático de la patria, ganosa de hijos que la reconstruyan, que sepan aprovechar el sacrificio consumado, lanzando al ancho surco abierto y húmedo por la sangre vertida, la próspera simiente del pensamiento! . . .

Entre mis perdurables recuerdos de allá, guardo en estuche lírico el de aquellas veladas de la Secretaría de Instrucción, donde Rojas, precisamente, recitaba madrigales de su juventud guadalajarensis, y Macías, también, iba componiendo cuentos de viejas mocedades.

En las mismas aprendí a querer a esos dos cortesísimos amigos que, tras las fatigas del diario laboreo, sentíanse galantes para amoroso esparcimiento de un grupo de mujeres, las mujeres civiles de la Revolución.

A ellas he buscado ofrecer, ya sea en breve apunte, sumisa pleitesía de admirador; déjenles un rinconcito los hombres; permítanles ocupar alguna página del libro, así, gentilmente, enaltecida—que el simple aludir de sus gracias aladas, de sus arrojados blandos, de sus gráciles altiveces, ofrezca como un remanso puro a los espíritus fatigados, entre tanto y tanto crudo relato, rojas escenas de pavoroso aniquilamiento.

Yo conocí a muchas: esposas e hijas, viudas de ausencia; hermanas de garridos mozos en batalla; madres sustentadoras de hogares sin mancha, felices todas con la despierta esperanza de, algún día, colgarse de los brazos gloriosos que supieron reconquistar la magna fuerza libertaria, para ante ella prosternarse armonizando el himno, himno bélico de Nunó y de Bocanegra!

A donde les llega su pasión constitucionalista, su femenil discreto, lo vais a conocer por este suceso, primorosísimo escape de seductora coquetería:

Tocaban al piano en la tibia sala de la mansión ministerial, uno de los ensoñadores vales Straus de "Sur le montagne". Yo invité a danzarlo a linda muchacha, de cuerpo flexible, de ojos grises, boca pulposa, y manos ducales temblorosamente emocionadas. Apenas intentados los pasos rítmicos mis pies, torpes pies, quebraron el compás, y ya no supe seguir. . .

Ella, acaso fingiendo consolarme de la evidente derrota, pulveriza a mis oídos tal intencionado comentario:

—No vaya ahora a ocurrírsele denunciar en Cuba que las damas revolucionarias ignoramos los encantos del baile.

Respondile rendidamente:

—¡Ah, mi adorable compañerita, como he de hacerlo! Lo que si contaré con calor de entusiasmo, es esa vuestra plenitud de adhesión hacia la causa buena de México; adhesión,

Marcela, al punto de ligarla—tal lo habeis hecho—a los motivos más pueriles de la vida, a los frívolos momentos de la existencia, cuando solo la aliviadora dicha debe retozar en el corazón.

Mirome levemente, y con voz rota por el anhelo, repuso:

—El corazón, el corazón ¿y qué otra cosa podríamos dedicarle nosotras a la Patria, hora a hora, minuto a minuto? . . .

Otra vez, en el cumpleaños del honorable Primer Jefe, pude contemplarlas vistiendo primorosamente sus galas festivas para ir al improvisado Palacio, y ofrecerle parabienes y flores.

Una jovencilla del pueblo adelantóse, desgranando el más bello elogio, con frase de mujer, que han escuchado mis oídos.

Señor Carranza—vino a pronunciar su rica perlería—nosotras confiamos en usted tras la salvación del país, por ser, a nuestros ojos, el predestinado de Dios para cumplir ese designio; flor extra humana de patriarcas, todo bondad, todo dulzura, todo indulgente trato. Brindar, señor, por su preciosa salud, es brindar por el porvenir mexicano. ¡Que en la próxima fecha de su natalicio nos acompañen a esta ceremonia cuantos habiendo nacido en nuestra desventurada tierra se sientan cordiales por ella, y para ella! Sed venturoso, señor.

Don Venustiano acogió las dulces frases,
paternalmente.

¡Cristalinos instantes de emoción empañados
por los suspiros de una triste anciana!

...A tres de sus varoniles hijos perdiolos en
la guerra...

...Y allí estaba, leal, leal, con augusta
lealtad romana!...

.....

Mujeres civiles-revolucionarias: Desde aquí
os saludo.

EN EXCURSION CON EL JEFE

¡LA MAQUINA LOCA!

Ambiente militaresco: obsesiones de clarín; ráfagas de alcohol; latigazos de sensualidad; tropa en cansancio de paz; figuras de cien mujeres ariscas, sucias, despeinadas, algunas entregándole su pecho flácido al vástago serrano; jovencillos petimetres embutidos en trajes épicos, a capricho, predominando el "kaki" del "yankee"; charangas por cada plaza; pelotones de a caballo, en marcha de lucimiento, de paseo; todo eso, bruscamente, inusitadamente, perdióse, desapareció de Veracruz.

En lugar suyo, la esfinge de las incertidumbres trágicas, mironos con ojos terribles; trajo, por su hierática actitud, una crispatura de catástrofe para los espíritus acoquinados; puso en guardia de material defensa al cartaginesismo del comercio; y en disposición de rápido escape a tantas familias complicadas, cooperadoras por consentimiento o auxilio...